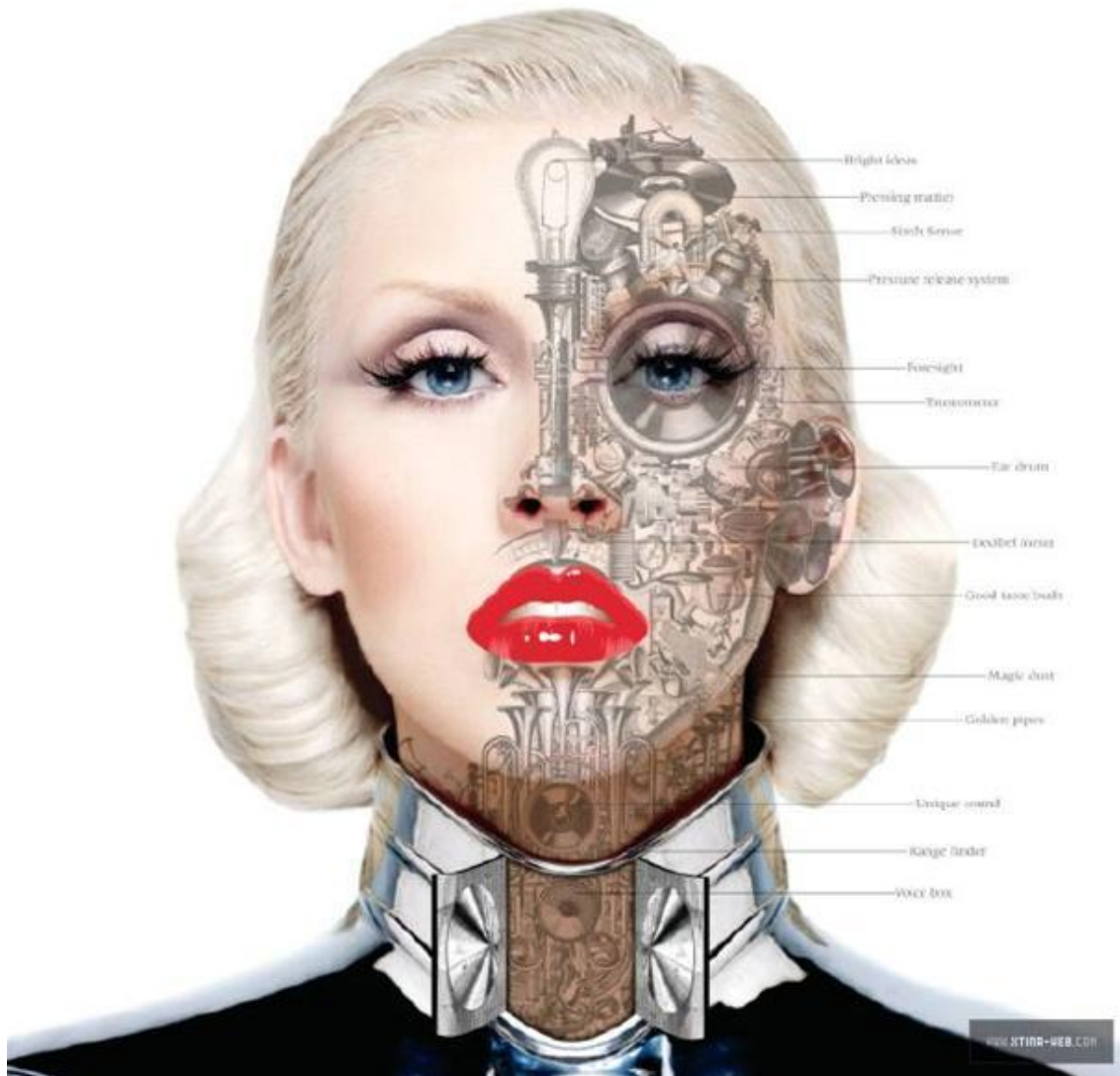


05 de Febrero de 2016



NAGUINI

CINCO LÁGRIMAS

III Certamen Literario "San Juan de Dios" | Enfermería

15 de Mayo de 2115. Pisaba el acelerador. Más rápido. - “Puede que en este mismo momento se esté yendo, allí sólo, y yo sin pisar más rápido el acelerador” - pensó. Justo en ese momento tuvo que mirar el reloj, le parecía estar viviendo en una historia inventada. Sí, eran las 01:15 de la mañana. Ya no pudo más cuando miró a la luna y vio que ésta tenía una enrevesada forma, como si fuese una sonrisa blanca pintada en el cielo. Un cielo mate, sin estrellas por la contaminación lumínica. No las echaba de menos, nunca las llegó a conocer. Soltó una carcajada histérica.

Parecía que la vida se estuviese riendo aquella noche de Dafne. Por un día que tenía libre, por un día que en vez de quedarse en casa como siempre, se decidió a salir. Hacía mucho tiempo que había abandonado a sus amigos. Eran tiempos difíciles. La gente pensaba que no podía ir a peor, pero ella estaba comprobando esa noche que sí se podía ir a peor.

Se acordaba de pequeña en sus clases de historia, cuando el profesor le decía que hace un siglo, las grandes potencias de aquel entonces, intentaban frenar el cambio climático. Le hacía gracia. Ella era de las que decía que si hubiera vivido en la época de sus bisabuelos, hubiera preferido invertir esfuerzos en adaptarse al cambio climático en vez de frenarlo. - “Si hubiéramos hecho eso desde un principio, quizás ahora no estaríamos así” - pensaba.

Estaba viendo cómo los seres humanos luchaban por el último rincón de aire puro. Cómo las botellas con aire limpio iban subiendo de precio. Cómo la gente se alimentaba de pastillas sintéticas con los nutrientes necesarios para no desnutrirse. Mejor si eran batidos, que ya traían incluida el agua. Si no aumentaba el precio si compraban agua potable a parte.

Volvió a mirar el reloj. Las 01:25, diez minutos más, que eran diez menos de la vida de su padre. Por fin había llegado al hospital desde donde la habían llamado. Entra en el lujoso edificio. Si alguien se había visto beneficiado de la realidad actual eran las empresas que se encargaban de la salud. Todo aquel que podía permitírselo pagaba lo que hiciese falta por seguir sano en el mundo en el que vivían. Ironías de la vida, a pesar de lo avanzado tecnológicamente que estaba el hospital, cada día llegaban más enfermos y había más muertes.

Y allí estaba ella. Dafne era ingeniera industrial, y la empresa para la que trabajaba era la más importante de todo el mundo. Así que prácticamente todos los aparatos y robots de ese hospital lo había diseñado su equipo y los conocía bastante bien.

No le extrañó, por ejemplo, que la llamada que recibió del hospital no le preguntase su nombre, ni si era hija de Máximo. Por supuesto, el robot que hacía la llamada tenía una base de datos bastante completa; ella misma se había asesorado por profesionales para que su diseño fuese lo mejor posible. Sin embargo, sintió en sus carnes la frialdad de la voz robótica y la cruel falta de tacto que tuvo para decirle que su padre había sido hallado inconsciente y que estaba siendo trasladado al hospital más cercano.

Por fin llegó a la habitación. ¡No puede ser! ¿Habitación 115? ¿De qué iba esto? ¿Era una especie de broma?. Allí estaba su padre, efectivamente, como ella sospechaba. Sólo. Tenía todo tipo de cables, electrodos y bombas a su alrededor. Prácticamente, estaban alargándole la poca vida que le quedaba. Un médico pasó por la habitación y le entregó la tablet con toda la información: fotos, vídeo explicativo del diagnóstico, simulación de lo que le pasó a su padre, etc.

Otro avance más que cuando su equipo desarrolló había sido fervientemente aceptado por el sector médico. Ahorraban tiempo dando constantemente las mismas explicaciones, asegurándose además de que la información era ampliamente comprendida.

Ahora se daba cuenta Dafne de que todo aquello no le importaba en absoluto. Le hacía falta alguien con quien hablar, alguien que le explicase con palabras sencillas y mucho amor y paciencia por qué su padre estaba allí. Sobre todo alguien que escuchase lo que ella tenía que decir y preguntar. ¿Qué le importaba a ella si lo que había tenido su padre era porque se hubiese roto o taponado una arteria de su cerebro? ¿Que más da si había sido porque se había quedado sin sangre o si es que su cerebro estaba inundado? Quería sólo saber por qué su padre ayer estaba bien y hoy se estaba muriendo.

De repente entró el mayor logro de su empresa de ingeniería. Los robots enfermeros habían sido un “boom” que tuvo sus primeros inicios hacía ya más de un siglo. Ellos lo habían perfeccionado. En un principio habían sido concebidos, no para sustituir a los enfermeros, si no para facilitarles el trabajo. Se encargaban de dar entrada a los pacientes y auxiliarlos trayéndoles una silla de ruedas. Los guiaban por el hospital y algunos incluso tenían pantallas en su pecho con conexión a internet para entretenimiento de los más pequeños, y no tan pequeños. Había países en los que de esta función se encargaba una figura llamada “celador”, los cuales perdieron sus puestos de trabajo.

Siguieron perfeccionándolo. Ahora los robots enfermeros podían tener aspecto humano. Algunos hombres hacían robots enfermeras rubias y bien parecidas, lo cual tuvo una oleada de reprimendas. Llevaban muchos años luchando por dar una imagen seria y profesional de la Enfermería. Una enfermera no era un entretenimiento ni una alegría para los ojos del hombre. Muchísimos enfermeros estaban trabajando duramente y dando ejemplos diarios de profesionalidad y calidad para luchar contra esa imagen patriarcal, ante lo cual, la creación de ese tipo de enfermeras robots fue un retraso.

Dafne se acordaba de haber vivido aquello cuando era adolescente, estaba de acuerdo con los enfermeros. Como mujer, no permitiría nunca que se la valorara por su físico, en vez de por sus buenas prácticas. Retiraron rápidamente esa serie de robots del mercado.

Para limpiar su imagen, la empresa añadió funciones progresivas al robot enfermero. Cuando Dafne llegó a trabajar a la empresa, el robot enfermero ya iba por su versión más avanzada, y era como un profesional más. Estaba a punto de pasar lo que tanto tiempo habían dicho que no iba a pasar: los enfermeros robots iban a sustituir a los enfermeros humanos.

Y así lo comprobó esa noche Dafne. La enfermera robot, con su voz metálica y neutra les deseó una buena noche a su entrada. “Y tan buena”, pensó sarcásticamente Dafne. Pasó a comprobar las constantes de su padre y a cambiarle la bolsa de suero. Justo cuando estaba cogiendo la bolsa, se quedó sin pilas. Se ve que llevaba más de 48 horas funcionando. Dafne que conocía su funcionamiento, cambió los cables de su batería y lo enchufó a la corriente lo suficiente para que cogiese la energía necesaria para que terminase de cambiar la bolsa de suero y se fuese. Quería un tiempo a solas para despedirse de su padre.

¿Cómo habían llegado a esto?

Sabía por lo que le había explicado su padre, que las enfermeras antiguamente hacían, ... ¿cómo era?, ¿educación para la salud?. Se encargaban de prevenir la enfermedad antes que curarla. Hoy en día, al desaparecer las enfermeras no existía eso. Quizás, por eso mismo, pensó Dafne, a pesar de los avances tecnológicos, el hospital seguía teniendo cada vez más morbimortalidad. ¿Podría haber evitado su padre esa caída que había visto simulada en la tablet y ese fuerte golpe en la cabeza? Malditas alfombras, y mira que eran de las que estaban integradas en el parquet con última tecnología de agarre. Se ve que estaría en mal estado ya.

Pero eso era lo que menos le importaba ahora. Lo único en lo que ella pensaba es en lo sólo que había estado su padre mientras ella llegaba. En lo que le hubiese gustado que alguien comprensivo y amoroso le hubiese acompañado en esos momentos. Entonces se acordó, el chip “Caja Negra” que llevaban los mayores de 65 años le revelaría sus últimos pensamientos. Pero, ¿quería hacerlo? ¿Quería invadir su intimidad?

Cogió su escáner, llena de dudas y de dolor y en su pantalla leyó: “no he amado la vida nunca tanto como ahora, que estoy sintiendo que la estoy perdiendo”. Cinco lágrimas fueron las que se le cayeron. Se enfadó consigo misma, y con todo lo que la rodeaba.

Entró de nuevo la enfermera robot, y después de realizar el electrocardiograma y tomar las constantes pertinentes junto con el doctor, certificaron la hora de la muerte. Sin más, salieron de la habitación, dejando a Dafne allí, sin reparar en su sentimientos.

-"Claro"- pensó Dafne - "Cómo van a reparar en mis sentimientos si ellos nunca han sentido nada parecido"-.

Y es que un robot no tiene la capacidad de interpretar miradas, ni de ver el reflejo del alma. No sabe ver los miedos que una persona puede tener. Porque la empatía nace de los sentidos. Es ponerse en el lugar del otro, desde el máximo respeto. Es algo que el ser humano lleva implícito, algo que la naturaleza ha puesto en cada uno de nuestro ser y que es tan sumamente complejo y perfecto que es difícilmente reproducible en robots.

En ese momento, a pesar de todos los avances y tecnologías a su disposición, Dafne comprendió que lo que necesitaba realmente en esa noche mate de luna sonriente era una enfermera de verdad.

Atentamente, Naguini.